

CARLOS ALBERTO MORENO MAX.

El abogado laboralista Carlos Alberto “el Negro” Moreno provenía de una de las tantas familias trabajadoras de un barrio obrero de Olavarría pero no era uno más. Defendía a los trabajadores de Loma Negra, que era defender a su clase. Había probado que la cementera los enfermaba y morían.

Al Negro lo mataron el 3 de mayo de 1977. Lo secuestraron al menos dos personas, cinco días antes. Lo trasladaron a Tandil, a la chacra de los civiles Julio y Emilio Méndez, cercana al Club de Rugby Los Cardos. Intentó escapar y en la quinta lindera pidió agua. Fue visto con barba, el torso desnudo y un saco que dejó en un alambrado. Tenía una herida en el pie. Lo habían golpeado con una pala luego de haber sido torturado durante días. Fue recapturado por el Oficial del Ejército José Luis Ojeda. Lo ejecutaron. El disparo fue al pecho, estaba arrodillado. El 9 de mayo las Fuerzas Armadas notificaron la muerte. Después, en los archivos de la Dipba (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires) Moreno pasó de figurar en la mesa A (factor social, estudiantil, laboral) a la mesa S (subversivos). De ser un abogado laboralista, tras el comunicado del Ejército del 9 de mayo, pasó a ser un subversivo muerto en un enfrentamiento.

“La cosa empieza así. AOMA hace una encuesta en el sector embolsado de Loma Negra y sólo el cinco por ciento de los trabajadores llegaba a jubilarse. Se morían y la empresa decía que era por cáncer de pulmón o tabaquismo. Era silicosis, una enfermedad que evoluciona durante 25, 30 años. Se redondean las uñas, los dedos quedan como palillos de tambor, la piel se pone violácea, y tienen cada vez menos capacidad respiratoria. La provocaba el sílice que se respiraba en la fábrica. Se mete en los alvéolos pulmonares. El organismo como defensa se calcifica. Los pulmones se endurecen hasta que te morís. En toda la fábrica había secuelas pero en el sector embolsado era mortal. Así la empresa se ahorra las jubilaciones. Y esto fue probado por Carlos Moreno”, explica Carlos Santiago, ex secretario adjunto de AOMA.

Carlos Alberto Moreno ganó los juicios contra Loma Negra. La empresa fue condenada a implementar más turnos de menos horas para reducir el daño y reformar tecnológicamente la fábrica para eliminar el polvillo de sílice.

En mitad del juicio, que se estaba desarrollando en Tandil, por el secuestro y asesinato de Carlos Alberto Moreno, sucedió lo inoportuno. En medio de ese juicio histórico en que el Tribunal condenó a prisión perpetua a tres militares, a más de diez años de prisión a dos civiles que prestaron su quinta para ser usada como centro clandestino de detención; en que el Tribunal dejó abierta la sospecha sobre si el “directorio de Loma Negra habrían inducido los delitos” que terminaron con el homicidio de Moreno. En medio de ese juicio, murió, sin ser juzgada, a los 90 años, Amalia Lacroze de Fortabat. En su haber contaba con casi mil millones de dólares.

En 1976 había heredado de Alfredo Fortabat la cementera, modelo de villa-fábrica que satisfacía todo tipo de necesidad de manera endogámica. Todo se podía conseguir ahí adentro y se ganaban buenos sueldos. Pero no había que sacar los pies del plato, aunque los pulmones estuviesen envenenados por el polvillo de las embolsadoras y no se llegase a la jubilación.

Cuando Amalita heredó el emporio había 5 mil empleados y la producción de cemento era de 200 mil bolsas diarias y mil toneladas de cal. Tenía 3 mil toros de raza y 6 mil vacas Aberdeen Angus anuales, además de estrechos contactos con los funcionarios de la dictadura, en especial con su amigo personal José Alfredo Martínez de Hoz. Para 1980 Amalita de Fortabat había cuadruplicado su patrimonio gracias a beneficios del estado terrorista y una etapa de florecimiento en el negocio cementero.

En mitad del juicio, que se estaba desarrollando en Tandil, por el secuestro y asesinato de Carlos Alberto Moreno, sucedió lo inoportuno. En medio de ese juicio histórico en que el Tribunal condenó a prisión perpetua a tres militares, a más de diez años de prisión a dos civiles que prestaron su quinta para ser usada como centro clandestino de detención; en que el Tribunal dejó abierta la sospecha sobre si el “directorio de Loma Negra habrían inducido los delitos” que terminaron con el homicidio de Moreno. En medio de ese juicio, murió, sin ser juzgada, a los 90 años, Amalia Lacroze de Fortabat. En su haber contaba con casi mil millones de dólares.

En 1976 había heredado de Alfredo Fortabat la cementera, modelo de villa-fábrica que satisfacía todo tipo de necesidad de manera endogámica. Todo se podía conseguir ahí adentro y se ganaban buenos sueldos. Pero no había que sacar los pies del plato, aunque los pulmones estuviesen envenenados por el polvillo de las embolsadoras y no se llegase a la jubilación.

Cuando Amalita heredó el emporio había 5 mil empleados y la producción de cemento era de 200 mil bolsas diarias y mil toneladas de cal. Tenía 3 mil toros de raza y 6 mil vacas Aberdeen Angus anuales, además de estrechos contactos con los funcionarios de la dictadura, en especial con su amigo personal José Alfredo Martínez de Hoz. Para 1980 Amalita de Fortabat había cuadruplicado su patrimonio gracias a beneficios del estado terrorista y una etapa de florecimiento en el negocio cementero.